

Vivir con Henry Miller

La piscina tiene que estar cada mañana a treinta y tres grados sobre cero, esté como esté el tiempo en Big Sur, donde pasa el tiempo muerto de su decadencia Henry Miller, «uno de los espíritus más libres que he conocido», como le gritó Keyserling cuando leyó su primera obra. Allí, en Big Sur, dentro de una bañera caliente, reposa sus ochenta años artríticos el autor de «Los trópicos». En Tenerife, Canarias, ha estado unos días quien fue su secretario por espacio de casi veinte años. Se llama Gerald Robitaille y puede contar de Miller todas las cosas que no podían saberse de este genio iracundo, que jamás entendió la necesidad de tener una consecuencia ideológica fundamental. «Sólo los imbéciles no se contradicen».

Gerald Robitaille acaba de publicar en París un ensayo indiscreto, donde relata toda su vida con Henry Miller. Robitaille, un lúcido investigador del arte, pone en zapatillas al mito a través de las casi doscientas páginas editadas por Eric Lodsfield, uno de los editores más importantes del París de este momento. El libro se llama «Le Père Miller».

Hay un millón de razones para llamar a Miller padre. No sólo está la incuestionable paternidad literaria que sobre tantos escritores ejerce. Está también la paternidad que su espíritu avasallador ha ejercido sobre todas las personas que sus ojos han tocado. Influenciado por esa vara está escrito el libro de Robitaille, según él mismo nos ha dicho: «Miller no sólo ha sido mi padre. También ha sido mi hijo y mi hermano. Yo he cuidado de sus hijos, he cuidado de él, le he cortado las uñas, le he abrochado los zapatos». No en vano Miller le dedicó así a Gerald un dibujo que figura al frente de este nuevo libro: «Para Gerald, mi mano derecha, de su Henry».

En «Le Père Miller», que se vende como pastillas en todos los quioscos de París, se relatan todas las contradicciones

de las que Miller ha hecho lema. Desde el Miller que prefiere que su hijo vaya a Vietnam a que rompa la cartilla militar, hasta todas las salidas de pequeño-burgués enternecedor, que está más acá de la propia liviandad de su obra de dos metros de longitud. Habla también de las relaciones con Annaïs Nin, la figura femenina de la sacrosanta trinidad, formada, además, por Miller y por Durrell. Como casi nadie ignora ya, Annaïs Nin fue la gran benefactora de Miller en los tiempos en que el gran escritor norteamericano

decir. Tiene en un cajón muchas obras inéditas que jamás va a editar, aunque él sabe que le enriquecerían aún más. Su salud es ahora, por otro lado, muy precaria. Ha sufrido algunas intervenciones y una nueva operación sería francamente fatal para él». Vivir veinte años con Miller es, según el autor de este libro, no parar. A pesar de que sus lemas van desde conceptos tan pacíficos como Dios y el amor, hasta los conceptos reposados de la paz y el silencio, Henry Miller ha necesitado siempre a su lado un



Henry Miller, su hijo Tony y Gerald Robitaille.

no había dejado de ser un pobre ex funcionario de Telégrafos. La correspondencia sentimental de esta ayuda de Annaïs Nin, según cuenta Robitaille, jamás se hizo esperar. Pero Miller, literariamente, ha sido siempre insobornable. Ahí está el famoso prólogo que firma Annaïs Nin al frente de una de las obras de Miller. El prólogo de Annaïs está hecho por el propio Miller. Asimismo, no sale de la máquina de escribir de la figura femenina de la trinidad una sola línea que Miller no haya revisado. Ha sido lógicamente Annaïs Nin la que con mayor indignación ha recibido este ensayo indiscreto de Gerald Robitaille.

«No. Miller dice que no va a escribir una línea más. Dice que ya lo ha escrito todo, ya ha dicho todo lo que tenía que

pensamiento lúcido que no cese de desplegar destellos que le enriquezcan. No ha parado un momento a lo largo de su vida. No ha parado de amar y de desear nuevas aventuras. Sigue pensando que su mejor obra es «El coloso de Maroussi», la obra donde precisamente más reposado se encuentra, el lugar de su vida literaria donde se halla la cima de sus obsesiones más claras por encontrar la cierta paz que debe respirarse en el aire de Grecia. El hombre violento que habla con Fraenkel ha necesitado siempre a su lado un espíritu que le eleve o le estrelle contra el suelo, como él mismo dijo de Gerald Robitaille cuando comenzó la relación que le unió al investigador del arte que un día se sorprendió cortándole las uñas al genio. Una re-

lación que ahora se resume en este «Le Père Miller» que se arrebató en París de las manos de los libreros. En España no tardaremos en conocer al pie de la letra la aventura de vivir con Henry Miller ochenta años a treinta grados sobre cero. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

E. M. Cioran: Un pensador en el vacío

¿Cuáles son los derechos de la desesperanza? ¿Puede edificarse un discurso atareado en negarlo todo y en negarse, en desmentir sus prestigios, su fundamento y su alcance, su verosimilitud misma? ¿No es el escribir una tarea afirmativa siempre, de un modo u otro, apologética incluso en la mayoría de los casos? ¿Cómo se compagina la escritura con la demolición radical, que nada respeta ni propone en lugar de lo demolido, que no se reclama de tal o cual tendencia ni quisiera ver triunfante cosa alguna sobre las borraduras ruinas de las anteriores? ¿Cómo se compagina el texto con las lágrimas, las palabras con los suspiros, el discurso racional con el punto de vista de la piedra o de la planta? ¿Es concebible un pensamiento que se ve a sí mismo como una empresa imposible o ridícula, inevitablemente falaz en el justo momento de reconocerse su verdad? Estas son algunas de las preguntas que se plantean al hilo de la lectura de la obra de E. M. Cioran. La respuesta no puede venir de un exterior que tal obra niega y repele: es preciso volver al interior del texto mismo, reincidir en la pregunta, convencerse de que dentro tampoco hay nada. Leer a Cioran, como leer a Beckett, es resumir una y otra vez la experiencia de la vaciedad.

E. M. Cioran es rumano, nacido en 1911. Desde 1937 vive en París, en condición de apátrida —«la mejor para un intelectual», según él—, exiliado como Pound, como Joyce, como Beckett... En 1947 comenzó a escribir en francés; antes de salir de su país había obte-

nido en él premios literarios por obras juveniles. Su adaptación al idioma francés tuvo que ser dramáticamente laboriosa, según cuenta él mismo: «Fue la prueba más dura de mi vida. Esta lengua precisa y rigurosa, a las exigencias de la cual debía plegarme, me pareció tan inhumana como una camisa de fuerza. Debo a tal dificultad el haber meditado sobre los problemas del estilo, sobre el hecho tan anormal de escribir». Pese a esta dificultad, desde su primera obra —«Précis de décomposition» (1949)— se convierte en uno de los mejores estilistas del ensayo en lengua francesa, como el español Santayana llegó a serlo de la inglesa. Su discurso, de un elegante clasicismo, aforístico, preciso, alcanza una belleza helada, que distancia un apasionamiento sobrecogedor. A partir de ese primer libro siguen otros varios de títulos inquietantemente sugestivos: «Silogismos de la amargura» (1952), «La tentación de existir» (1956), «Historia y utopía» (1960), «La caída en el tiempo» (1964), «El malvado demiurgo» (1969), «Valery frente a sus ídolos» (1970). Es casi imposible hablar de progreso, de evolución del primero al último de ellos: un mismo mensaje se repite machaconamente, modulado con todos los trémoles que van de la desesperación a la serenidad.

Lo que hay que decir es que siempre se dice demasiado: «Tout langage est un écart de langage» (Samuel Beckett). La multiplicidad de los discursos, informativos o edificantes, persuasivos, entusiasmados o curiosos, tiene algo de nauseabundo. El hombre es un animal ávido de creencias, de seguridades, de paliativos, y consigue todo eso merced al lenguaje, tras la dimisión de sus instintos. Pero sus creencias son deleznable; sus seguridades, ilusorias; sus paliativos, risibles: ¿por qué no decirlo así? Una vez que por azar o improbable ejercicio se ha conquistado la lucidez, la condición enemiga de las palabras, nada puede ya decirse, excepto lo que revele la oquedad del lenguaje de los otros, frente al que el discurso del

ULTIMAS NOVEDADES
FERIA DEL LIBRO • Caseta núm. 138

Ingmar Bergman, por Robin Wood. (Serie Movie, en español). Fotografías. 150 pesetas.

Comix underground USA. El libro más atrevido del año. 150 pesetas. Tamaño especial.

Hellogáballo (o el anarquista coronado), Antonin Artaud. 150 pts.

Antipsiquiatría, H. Heyward y M. Varigas. Una controversia sobre la locura. 100 pesetas.

Lo normal y lo patológico, Alain Servantie. Una introducción a la antropología psiquiátrica. 100 pesetas.

CUADERNOS PRACTICOS

Una colección que documenta e informa de lo último, y revive del pasado lo que es actual.

1. **Tres piezas cortas**. Antonin Artaud y Artaud y el teatro de la crueldad, Jerzy Grotowski. 40 pesetas.
2. **Polémica Levi-Straus & V. Propp**. (Estructuralismo contra formalismo). 40 pesetas.
3. **Dos documentos secretos de la ITT**. Chile. 50 pesetas.
4. **Anti-cine**, Javier Aguirre.
5. **Poesía de la negritud (Antología)**, Publio L. Mondéjar.



una biblioteca
de bolsillo
a precio de
bolsillo



La
Fontana Literaria

Mauricio d'Ors, editor
Distribuye Editorial Fundamentos
Caracas, 15 - Madrid


La Fontana Literaria

El doncel de don Enrique el Doliente
Mariano José de Larra.
Volumen doble.

Al dictado de la locura
Gérard de Nerval
Volumen sencillo

El mandarín
José María Eça de Queiroz
Volumen sencillo

El corruptor de Hadleyburg. Cuento
policíaco de doble fondo.
Mark Twain
Volumen sencillo

Volumen doble
100 pesetas
Volumen intermedio
75 pesetas
Volumen sencillo
50 pesetas

escéptico es pleno, pues asume su vacío como contenido, mientras que los demás discursos, pretendidamente llenos de sustancia, se edifican sobre la ignorancia de su hueco. Pero, ¿qué propósito puede tener proclamar la inanidad que acecha tras las palabras, salvo excluir al escéptico de la condición de engañado, de drogado por el humo verbal; excluirle de la condición humana, en suma? Por encima o por debajo de los hombres, quien conoce la mentira de las palabras y de su promesa nunca puede volver a contarse entre ellos. Será una roca que no se ignora, un árbol que se sospecha o un dios consciente de que no existe; un hombre, jamás.

Lo que Cioran dice es lo que todo hombre piensa en un momento de su vida, al menos en uno, cuando reflexiona sobre las grandes voces que sustentan y posibilitan su existencia, pero lo que suele ser pasado por alto es que la verosimilitud del discurso de Cioran, el que sea concebible, siquiera momentáneamente, compromete inagotablemente el tejido lingüístico que nos mece. Si tales cosas pueden ser pensadas una vez en la vida, tienen que ser ciertas: una realidad que se precie no puede sobrevivir a tales apariencias. Basta que puedan ser pensadas para que sean. ¿En qué puede fundarse la fe, la alborada del espíritu, cuando ya han sido dichas tales cosas? Las palabras se han mostrado ya como vacías o podridas; por un momento hemos visto inapelablemente lo que allenta tras esas voces consagradas: «justicia», «verdad», «humanidad», «Dios», «amor», «Humanidad»... ¿Cómo podríamos de nuevo repetir las con buen ánimo sin consentir vergonzosamente en el engaño? Las diremos, sí, una y otra vez, pero recomidos de inseguridad, azorados por el recuerdo de un lúcido vistumbre que en vano trataremos de relegar al campo de lo delirante: la verdad **peor**, una vez entrevista, emponzoña y desasosiega por siempre la concepción del mundo a cuyo placentero amparo quisimos vivir. ¡Lucidez, gotera del alma!...

¿Es Cioran un moralista? Lo primeramente discernible de

su visión de las cosas es el **desprecio**, y esto parece abundar en tal sentido, pero junto al desprecio, el auténtico moralista incuba dentro de sí algún amor desesperado y no correspondido, algo que elige y dignifica: ama la serenidad, el sacrificio, la compasión, el deber o el nirvana; ama una virtud, una postura, una resolución. Salva de la universal podredumbre un gesto. Cioran no condesciende a ninguna palinodia: jamás recomienda. Carece de preferencias, de **dignidad ofendida**. Lo que le importa, lo que se le impone por un retortijón incontrolable de sus vísceras es aliviarse del nebuloso malestar que le recome y diferencia, utilizando para ello la escritura. Expresar, debatirse de la muda sensibilidad, muda y gástrica, hacia la objetivación; esculpir en la blanda inflexibilidad de la palabra la efíge del monstruo privado, de nuestra **verdad**; hablar de lo ciego, de lo roto; dar voz a lo que no puede tenerla, nombrar lo inmenconable. Sin objetivo, sin oyente quizá, sin intentar persuadir —¿de qué?, ¿a quién?, ¿por qué?—, en la expresa renuncia al sistema, a la verdad incluso, sobre todo a la verdad. «Hablar por hablar es la única liberación» (Novalls).

Un ejercicio tan torvo, tan improbable, debería suscitar la risa: la risa preventiva de quien trata de evitar que un discurso demasiado serio sea tomado en serio, pero también la risa liberadora de quien por fin se atreve a **saber**. No es el severo ropón del académico, la lúgubre máscara de quien lleva en sus hombros el peso teórico del mundo (lo que dice más en favor de los hombros que del peso teórico, naturalmente) lo que sienta bien a la revelación nihilista: **dejemos eso** para quien tiene el sistema —y, por tanto, el orden— de su lado. Pongámonos del lado de la risa, de la sonrisa inspirada, al borde del estallido jocoso, de la carcajada refrenada en estilo: aquí está la maestría del de Cioran. La risa alzada sobre al borde, en torno a lo que la desmiente.

Tarea intelectual inalficible la de Cioran: no se deja etiquetar a la primera, y la división del trabajo no puede por menos de resentirse. En

realidad, ningún género se le ajusta convenientemente: a lo que más podría parecerse es a los manuales de meditación o a los libros de horas; libro de horas del horror, de la infinita finitud de las horas... Pero no cedamos a la tentación filística de relegarlo al campo que el «espíritu de la pesantez» filosófico o científico llamaría «puramente literario». Pongamos —¿sólo por afán de provocar?— que lo que hace Cioran es auténtica filosofía, con tanto derecho a ser llamada tal como tenía la de Diógenes frente a la de Platón. La historia de la filosofía la han escrito los sistematistas: urge una apología del sofista.

Pensador aparentemente ahistórico, fuera de toda moda intelectual, espléndidamente aislado, sin escuela ni progenie, la figura de E. M. Cioran aparece con creciente frecuencia en el mar de los Sargazos de la cultura contemporánea: «The king of pessimists» le bautiza, con su inefable estilo, *Times*; Susan Sontag comienza con citas suyas una película (bastante mediocre) presentada en Cannes en 1971 y hace sobre él entusiastas declaraciones a la prensa; uno de sus libros, «La caída en el tiempo», alcanza cierto éxito de público en los Estados Unidos, aunque Cioran me advierte: «Como éxito, se trata de un malentendido». No le busquéis en las obras de los filósofos profesionales: al parecer, su pensamiento es demasiado poco esperanzador, excesivamente inútil para apoyar movimientos políticos o religiosos: resulta inmanejable, y en la Academia, lo que cuenta es manejar. Sus obras son contemporáneas de las de Sartre o Camus, pero nadie se atrevería a incluirle en el existencialismo francés: los galimatías de la esencia y la existencia son demasiado alemanes para él... Como Georges Bataille, como Clément Rosset, E. M. Cioran es miembro de la «sombra» (en el sentido en que emplea esta expresión Eugenio Triás) de la filosofía oficial francesa de nuestros días; hacia esta sombra se van volviendo muchos ojos, fatigados del relumbrón de tantos alamares y charreteras. ■ FERNANDO SAVATER.

El Derecho y lo que pasa en la calle

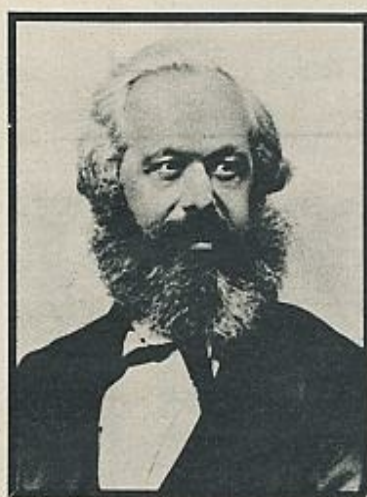
¿Hasta qué punto favorece el Derecho la resolución de los problemas sociales y los conflictos cotidianos entre los hombres, los grupos y las clases? «¿O será inevitablemente el Derecho la mera institucionalización de la violencia, de la desigualdad, instrumento nunca utilizable para el progreso social?» (1). De haber abordado, a partir de tal planteamiento, un trabajo de confrontación entre lo que pasa en la calle —los hechos— y lo que se habla y escribe en la Universidad —el «pensamiento» muy bien podría el libro del profesor Elías Díaz haber conseguido la pretensión enunciada en la nota introductoria de «preparar para una comprensión totalizadora y crítica del fenómeno jurídico situado siempre dentro de su correspondiente contexto social y cultural». A nuestro entender, ni el profesor Elías Díaz ni cualquier otro profesor universitario pueden resolver cabalmente tan ambicioso proyecto, y el propio autor apunta lucidamente las causas frustradoras de trabajos como éste, que ha sido escrito «condicionado por las vigentes disposiciones legales —dice— como vía de acceso a la docencia universitaria», circunstancia que determina «su carácter académico que (aunque, lo reconozco, no debiera ser así) —acepta autocriticamente— a veces cae en disquisiciones más o menos eruditas que con frecuencia resultan algo pesadas y aburridas...». ¿Qué sentido tiene entonces la publicación fuera del ámbito académico de todas las producciones realizadas bajo las mismas circunstancias aparecidas recientemente en el mercado? Por su índole específica el trabajo intelectual no debe desdiseñar la reflexión crítica sobre sí mismo y nada más sintomático que este tipo de ensayos —y sus prólogos— para mostrarnos la existencia de un buen nivel crítico que ante la imposibilidad de objetivación clarificadora y de su incidencia más allá de los muros

privilegiados de la Universidad se metamorfosea en una difícil sintaxis como salvaguardia de la subjetividad y el pensamiento individual —tal concepto sostiene y habita, por ejemplo, la lucidez crítica de Carlos Moya— o crece en abrumadora acumulación culturalista desorientadora y abstracta cuando no incoherente. Queda claro de todas maneras la conciencia de la contradicción en que se desenvuelve el trabajo de los universitarios y de ellos mismos en función de las dos opciones y demandas conformadoras de la producción intelectual. Pero al divorcio entre Universidad y sociedad —cuya superación objetiva rebasa la decisión de la voluntad liberal académica— se entrecruza el divorcio entre la

Filosofía y el Derecho —entidad supraestructural como la Universidad misma— y cada sociedad concreta en un momento determinado de su desarrollo infraestructural. No cabe duda en el libro que nos ocupa que la intención del profesor Elías Díaz trata de subsanar la denuncia marxista (2) de la desvinculación de la Filosofía y el Derecho con el estado histórico social concreto de la Alemania del profesor Hegel. Precisamente a esto está dedicada una extensa parte de la obra en la que el autor muestra los precedentes que vinculan el Derecho a la Sociología y señala los enfoques y discusiones planteados a través de su des-

arrollo histórico. Aristóteles en la antigüedad y Vico y Montesquieu en los tiempos modernos podrían ser considerados hitos fundamentales para sentar las bases empíricas de la Sociología del Derecho. «No se puede profundizar en el problema del Derecho —escribe Renato Treves haciendo la apología de Vico— sin profundizar al propio tiempo en el de la vida de los hombres y de las civilizaciones intentando trazar las líneas de desarrollo de las instituciones jurídicas en sus relaciones con el desarrollo de la sociedad y de la historia». Digno de recordar es el título que Montesquieu dio a los treinta y un libros que componen su famosa obra: El espíritu de las leyes, o de la relación que debe existir

(2) Prólogo de C. Marx a la Filosofía del Derecho, de Hegel.



TIERNO: BIOGRAFIA Y ANTOLOGIA DE MARX

Una antología de la extensa obra de Marx es enormemente difícil; sobre todo por los millares de exégesis, interpretaciones y aplicaciones prácticas que se ha dado a su pensamiento, lo que hace que muchos de ellos, en momentos determinados, conozcan un mayor auge que otros. Esas "modas" influyen, sin duda, en el momento de la selección. Las ventajas de la que ofrece ahora "Cua-

dernos para el diálogo" son varias. Una de ellas es el armazón, el montaje del libro. La biografía de Marx que escribió el profesor Tierno Galván para la Colección "Protagonistas de la Historia" es su esqueleto, firme y bien sustentado; esta biografía se va suspendiendo y continuando a lo largo del libro para introducir en ella los fragmentos de texto correspondientes a la época descrita. Es una biografía que, en su brevedad, no rehúye la anécdota esclarecedora, la situación del contexto histórico, el rápido análisis. Otra ventaja es la traducción de los textos. En castellano, Marx ha sido muchas veces oscurecido por sus traductores, cosa que no sucede aquí. En cuanto a la selección, que ha sido encargada por Tierno Galván a Francisco Javier Bobillo de la Peña, recibirá los comentarios típicos de toda antología: algunos encontrarán excluidos textos de valor, otros verán incluidos algunos de menor categoría. El criterio, según se señala en el prólogo, ha sido el de recoger "lo más vivo, punzante y creador de la obra de Marx". Los fragmentos corresponden a "En torno a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel", "Manuscritos de Economía y Filosofía", "La sagrada familia", "XI tesis sobre Feuerbach", "La ideología alemana", "Miseria de la Filosofía", "La lucha de clases en Francia", "Trabajo asalariado y capital", "El 18 brumario de Luis Bonaparte", "Contribución a la crítica de la economía política", "Revolución en España", "La guerra civil en Francia", "Crítica al Programa de Gotha" y "El capital". Editado, como está, en una colección de divulgación, el libro tiene este valor de una aproximación válida al pensamiento de Marx. ■ J. A.

(1) Enrique Tierno Galván, Antología y biografía de Marx. Editorial Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1972.